

10. La vocación redefine la identidad

Cuando Jesús convocó a los doce discípulos, ellos ya lo seguían. Ya habían aceptado y decidido seguir a Jesús; ya habían escuchado todo el Sermón de la montaña; ya habían visto a Jesús hacer grandes milagros, curar toda clase de enfermedades, incluida la lepra, resucitar a una niña y dominar la tempestad en el mar. Lo habían visto ya arrojar los demonios, no solo uno, sino hasta una legión de demonios...

Por lo que, cuando les convocó a Sí, a estar en Su presencia, fue como si después de todo esto Jesús quisiera volver a centrar toda la cuestión, como si quisiera precisar la vocación de los discípulos en medio de todos estos acontecimientos, de todas estas palabras, de todas estas experiencias extraordinarias. En efecto, es en este punto en el que Mateo presenta la institución de los Doce como Apóstoles, enumerando sus nombres y apodos (Mt 10,2-5). Jesús define su vocación llevándoles al origen de todo lo que han visto y escuchado, al primer encuentro, a la fascinación esencial de Su presencia, a su primer ir hacia Él, al primer ser llamados por Él.

“Llamados hacia Sí los discípulos...”

Probablemente, en aquel momento, no estaban físicamente lejos de Jesús, porque, precisamente, Lo estaban siguiendo. Pero no estaban centrados en Él. Como nos sucede a nosotros una y otra vez. Estaban lejos con el corazón, distraídos con el corazón, no tendían a escuchar Su voz y a recibir solo de Él el poder y la misión, el poder de la misión, la misión de poder actuar como solo Él podía actuar, el poder de expresar en el mundo Su presencia. Les llama a Sí. Les vuelve a centrar en Su presencia. Y el hecho de que poco después el Evangelio enumere los nombres de los Doce, nos hace comprender que es solo la llamada, la vocación de Cristo y para Cristo, la que nos identifica, la que nos hace comprender qué significa decir “yo”, ser persona, tener una identidad precisa.

Pensad en cómo nos habla san Benito del tiempo de la Cuaresma. Nos dice que es un tiempo en el que estamos llamados a volver a la pureza de nuestra vocación, porque “la vida del monje debe conservar en todo tiempo la observancia de la Cuaresma” (RB 49,1), que para él significa esperar “la santa Pascua con la alegría del deseo espiritual” (49,7). En el fondo, esto significa que, a través de la oración, el silencio, la lectura, las mortificaciones en el comer y en el hablar, tratamos de dejarnos llamar de nuevo por Jesús, volver al primer encuentro con Él, en el que su mirada y su voz nos atrajeron para decirle sí y para querer seguirle para siempre, hacia la plenitud de vida que su Resurrección nos da. Y esto es lo que nos hace ser nosotros mismos, porque somos nosotros mismos solo en la medida en la que Cristo define y salva nuestro yo.

Cristo que nos llama hacia Sí es el origen y la consistencia de nuestra identidad. Una identidad de comunión, porque Cristo nos llama a todos juntos hacia Él, nos *convoca* a Él, estableciendo entre nosotros una relación centrada en Él que jamás podremos establecer entre nosotros por elección nuestra o por simpatía, o sencillamente por parentesco.

Así es como nace la comunidad cristiana, y solamente así permanece como comunidad cristiana, o vuelve a serlo cuando otros factores que no sean la convocatoria de Cristo hacia Sí, se han convertido en la motivación para estar juntos, normalmente mediante la violencia de un moralismo voluntarista, es decir, con una fragilidad extrema.

La gracia es que todo se vuelve a definir a partir de la vocación que nos atrae hacia Cristo en la que Él nos envía. Incluso el parentesco entre Pedro y Andrés, entre Santiago y Juan, el hecho de ser hijos de Zebedeo, o de Alfeo, o el oficio que uno ha tenido, como Mateo que era publicano, o el origen cananeo de Simón. Incluso hasta la traición de Judas. Todo se redefine a partir del hecho de que Cristo nos llama hacia Sí, a partir del instante en que Cristo nos llama a Sí.

Porque toda la realidad, todo el rostro verdadero de la realidad, es Cristo que nos llama a Sí, es la vocación de estar en presencia de Jesús: “Cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,32). Toda la vida tiene su destino último en el Señor que nos llama hacia Sí. ¿No es esta quizá la definición cristiana hasta de la muerte? “El Señor ha llamado a Sí a nuestro hermano, a nuestra hermana...”. La verdad y belleza, el sentido de cada experiencia, de cada encuentro, de cada detalle de la vida, es esta llamada de Cristo hacia Sí, esta convocatoria hacia Él que nos hace familiares de cada criatura humana, y que da sentido también a todas las demás criaturas, desde la brizna de hierba hasta las estrellas, porque también a través de una brizna de hierba Cristo nos llama hacia Sí, incluso una brizna de hierba, como las estrellas, nos ha sido dada por el Misterio para atraernos hacia Él, porque es el Verbo el que las ha creado para atraernos hacia Él.

Toda la realidad es Cristo que nos llama hacia Él. No son las cosas o las personas hermosas, o los bellos momentos, los que nos llaman, los que nos atraen, sino que es siempre Cristo el que nos llama hacia Sí a través de todo, y esto hace bella cada cosa, cada persona, hace intensa y eterna cada experiencia, incluso el mosquito que estoy observando.

Vivir una experiencia bella, sin sentirse llamado hacia Él, atraídos por Él, hace inconsistente la belleza, hace incompleta la experiencia de la belleza. Así de determinante es Su presencia para el cumplimiento de la experiencia humana que incluso la sola percepción de este incumplimiento, esta desilusión, esta nostalgia del “Dios desconocido” (cfr. Hech 17,23), es la que hace al hombre grande, la que lo hace humano.

Lo que nos cansa, es decir, lo que hace la realidad agotadora y extenuante, es la pérdida del sentido de esta vocación original. No escuchamos a Jesús que nos llama hacia Él, hacia Él y basta, no a hacer esto o aquello, sino hacia Él, primeramente hacia Él. Él, que nos quiere también dar el poder, la energía del Espíritu Santo, es decir, la gracia de hacer todo, de cumplir nuestra tarea más allá de lo posible.

San Benito quiere que recordemos esto al menos cada vez que suena la señal del Oficio divino, por lo tanto, al menos una decena de veces al día, y que dejemos lo que estemos haciendo para escuchar la llamada del Señor. En efecto, dice que “nada se debe preferir a la Obra de Dios” (RB 43,3). Y sabemos que esto quiere decir “no anteponer nada absolutamente a Cristo” (RB 72,11; cfr. 4,21), o “no tener nada para sí más querido que Cristo” (cfr. 5,2), que nos impulsa a la obediencia sin demora. Esto nos educa para sentirnos llamados en cada circunstancia del día, cuando el que nos llama es un huésped, un pobre, un peregrino, o el abad y cada hermano o hermana de nuestra comunidad. Toda la regla quiere educarnos para sentirnos llamados en toda ocasión e instante de la vida, es decir, a vivir todo como vocación.

Esto es lo esencial de toda vocación cristiana, fundada en el bautismo. Y de todos los gestos con los que la Iglesia nos llama: la oración, el Oficio divino, los sacramentos, el silencio, la *lectio divina*, la vida de comunidad, también en la familia para los laicos, o en la dimensión eclesial y católica, es decir, universal, con la que uno vive su soledad... Todo es Jesús que nos llama hacia Sí, y una ayuda para corresponder a esta llamada. Que nos llama a Sí, para darnos lo imposible, para expresar lo imposible, para realizar la “misión imposible” que ha confiado primeramente a los Apóstoles, a fin de que toda la Iglesia se hiciese cargo de ello, sin olvidar que es imposible, y, por lo tanto, que no se puede ser fieles a la misión, sin fidelidad a la vocación que nos atrae a Cristo y basta.